

Cuba y el día después

doce ensayistas nacidos con la revolución imaginan el futuro

edición al cuidado de Iván de la Nuez

RESERVOIR BOOKS
Mondadori

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

- El Hombre Nuevo ante el otro futuro*, Iván de la Nuez 9
1. LA FIESTA
La fiesta vigilada, Antonio José Ponte 23
2. LA CONTINUIDAD
«The Day After», Víctor Fowler 37
3. LOS INTELECTUALES
La venganza del paisaje. Diáspora y memoria del intelectual cubano, Rafael Rojas 53
4. LA FRIVOLIDAD
Nunca antes habías visto el rojo, José Manuel Prieto 73
5. LA CIUDAD
La ciudad en el aire, Emma Álvarez-Tabío Albo 83
6. LA MAGNESIA
Al futuro según el «Ars magnesia»: relato de la ida por la vuelta,
Tonel entre pp. 96 y 97
7. LA MEMORIA
Entre difuntos, Ernesto Hernández Busto 109
8. EL PROFESOR
Libertad y filosofía: «aplicando» para ciudadano,
Emilio Ichikawa 125

9. LA CONVERSIÓN	
<i>No se invita particularmente</i> , Jorge Ferrer	151
10. EL ZEN CUBANO	
<i>El dojo zen en La Habana</i> , Omar Pérez	169
11. LA INDIFERENCIA	
<i>Tan oscuro como muy oscuro</i> , Ena Lucía Portela	183
12. LA REUNIÓN	
<i>Reunión</i> , Rolando Sánchez Mejías	199
Los autores	229

INTRODUCCION

EL HOMBRE NUEVO ANTE EL OTRO FUTURO Iván de la Nuez

1. PENSAR EN EL LÍMITE DE LA REVOLUCIÓN Y DE LA CULTURA DE LOS LIBROS

En la era abierta por la clonación y la manipulación genética de la especie humana; en la expansión de la informática, el Internet y la realidad virtual; bajo el apogeo del futuro soñado en las más arriesgadas tramas de la ciencia ficción, doce jóvenes ensayistas cubanos han aceptado mi encomienda de reunirse para pensar el porvenir de su país. Ello implica, de muchas maneras, pensar el sitio de ese país y de ellos mismos en ese porvenir. Todavía más: implica, necesariamente, ejecutar el exorcismo de adelantarlos. Hijos de la Revolución, y al mismo tiempo hijos de la cultura de los libros, estos escritores habitarán en un futuro en el que una –la Revolución– y otra –la cultura de los libros– se perciben en una zona límite; en una frontera donde las apuestas más radicales hablan de sus respectivas desapariciones, mientras que las más balanceadas sólo admiten su continuidad dentro de una transformación total de lo que tales términos han significado hasta ahora. Es, sin embargo, desde la Revolución y la cultura de los libros de donde parten las acometidas que se abordan en los textos que siguen.

Si algo saben estos escritores es que no basta con pensar el futuro. Es necesario situarse en él. Y esto a pesar de que se enfrenten, en un acto de esta envergadura, a una paradoja fundamental: el Futuro, así con mayúscula, ya ha sido habitado por ellos. ¿No nacieron y crecieron escuchando que «el futuro pertenece por entero al socialismo»? ¿No fueron ellos los elegidos incontaminados,

hombres y mujeres que crecerían sin la sombra del capitalismo hasta un mundo sin dinero y sin clases? Ahora, recién despertados del sueño futurista, recién llegados de ese porvenir, se ven conminados a imaginar y vivir un mundo diferente al prometido. Como si se balancearan en una cuerda floja entre el futuro perdido y el futuro posible.

Las criaturas aquí reunidas forman parte de un engendro –y dicha esta palabra sin el menor matiz peyorativo– que un día se llamó Hombre Nuevo. Proviene del *boom* demográfico de los años sesenta, que duplicó la población cubana hasta conseguir que esta generación constituya hoy la mayoría viva de ese emplazamiento llamado Cuba. Sintetizan parte del ideal ilustrado –desde Marx hasta el Hombre Nuevo de Ché Guevara–, aunque han incubado también una buena dosis del ideal romántico –desde Frankenstein y José Martí hasta la clonación y la manipulación genética de nuestros días–. Programados para vivir en el comunismo, ahora tienen que asumir su «reprogramación» para habitar un futuro que no era el «suyo». Obligados a la extraña circunstancia que les impone el hecho de tener que hacer arqueología de un pasado no vivido para ingresar, con alguna garantía, en el porvenir inesperado.

Como hijos de la Revolución, los cubanos nacidos a partir de los sesenta protagonizaron la ruptura más radical que se haya conocido con la tradición y la línea familiar en la historia cubana. En *El socialismo y el hombre en Cuba*, precisamente, Ché Guevara los sitúa como la primera generación incontaminada; aquellos que no tuvieron el «pecado original» del capitalismo. Aunque ello quiere decir, también, que no tuvieron tampoco el complejo burgués que el mismo Ché le atribuyó a sus padres. Han vivido la Revolución con el desparpajo de entender que ésta fue hecha *para* ellos. Y con la cíclica denuncia y paternalismo de sus progenitores en el poder, que no han cesado de repetirles que la Revolución no fue hecha *por* ellos.

En cualquier caso, Marx ya había avisado de que los hombres se parecen más a su época que a sus padres. De modo que, una vez operada esa ruptura (es decir, cuando la «época» y la socialización, mas no la familia ni el linaje, comenzaron a ser los puntos de familiaridad de los cubanos nacidos con la Revolución), estos huma-

nos quedaron inscritos en una tradición de seres contruidos, capaces de incorporar en sí mismos el Calibán de Shakespeare, el Frankenstein de Mary Shelley, el Hombre Nuevo del Ché, el buen salvaje de Rousseau, el hombre del comunismo o el superhombre de Nietzsche, posterior a la muerte de Dios que toda Revolución, en principio, representa. Tratamos, en fin, con una mezcla complicada que estaba destinada a ser el sujeto de la Revolución en una Isla que ha aparecido, según mitologías pasadas o recientes, como la Isla del tesoro, la Isla del doctor Moureau, Utopía, la Isla del misterio, el paraíso sexual, la última Tule del proyecto comunista o la Llave del Golfo. Todos esos seres en uno, todas esas islas en una.

Como hijos de los libros, no faltan aquí las visitas, deudas y controversias con el pensamiento cubano: José Antonio Saco, Félix Varela, José Martí, Tristán de Jesús Medina, Jorge Mañach, Fernando Ortiz, José Lezama Lima, Cintio Vitier o Roberto Fernández Retamar. Sólo que la presencia de estos pensadores se ha asumido más para concederles una ralea terrena que para otorgarles la vitola sagrada de Padres de la Patria. Igual de importantes —o a veces, más— han sido Maurice Blanchot o Gilles Deleuze, Theodor W. Adorno o Michel Foucault, Giorgio Agamben o Peter Sloterdijk, según los casos y aproximaciones.

Las invitadas e invitados a este libro parecen haberse apropiado de la frase de Nietzsche acerca de los fundamentos; no se trata de renegar de ellos, pero es preciso, ante ellos, ponerse los guantes. Al actuar de esa manera, este grupo ha asumido una especie de extranjería —un carácter forastero y extraño— que suele diferenciar al nuevo ensayo cubano de otras regiones de la literatura —pensemos, por ejemplo, en un amplio territorio de la novela contemporánea cubana—, donde son minoría los que consiguen salvarse de la férrea sujeción que todavía ejercen José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, Virgilio Piñera o Reinaldo Arenas. Podría afirmarse que si gran parte de la nueva novela ha buscado *adentro* y *antes*, los nuevos ensayistas se han caracterizado, desde su primer trazado en los años ochenta cubanos, por buscar *afuera* y *después*. Esta característica tiene una justificación inmediata bastante comprensible, habida cuenta del lamentable estado en

el que quedó el ensayo cubano tras la soviétización del país en los años setenta. Pero también ante el agobio producido por los discursos «duros» de identidad nacional, reflatados en la última década y que han acompañado, desde el siglo XIX, a una porción importante del pensamiento cubano. En la búsqueda de un calado alternativo a esta situación, Rafael Rojas ha clamado por un «patriotismo suave», tras las propuestas más radicales de «olvidar Orígenes» lanzada por Rolando Sánchez Mejías o de «aprender a odiar un poco el siglo XIX» (Iván de la Nuez). En todo caso, la historia del pensamiento cubano anida de muchas maneras en estos autores, y es posible encontrar ecos de Jorge Mañach en Rafael Rojas, de Virgilio Piñera en Antonio José Ponte, de Pensamiento Crítico en Víctor Fowler, de Tristán de Jesús Medina en Jorge Ferrer, o de José Lezama Lima en Emma Álvarez-Tabío Albo.

2. PENSAR DESDE UN ESPACIO QUE ESTÁ FUERA DE LUGAR

Como productos de una utopía, los seres que aquí se encuentran están, por así decirlo, fuera de lugar. Han sido, son o serán marginalmente latinoamericanos, marginalmente comunistas, marginalmente poscomunistas, marginalmente occidentales, marginalmente liberales. Sea porque llegaron primero a algunos de estos epítetos, sea porque llegarán tarde a otros, estos seres cubanos se enfrentan a un asunto complicado cuando deben situarse en el futuro. No sólo —aunque esto no debemos olvidarlo ni un minuto— porque, como hemos adelantado, ellos regresan de «allí». Sino, y ante todo, porque en los dibujos que les traza el porvenir se les convida a un mundo que hace aguas por todas partes. Esto es: corren el riesgo de entrar en el espejismo de un mundo que comienza a tener averías muy fuertes. A este sujeto del porvenir no le bastará con aferrarse a creer en la democracia tal cual existe hoy, porque es muy posible que arribe a ella cuando ésta manifieste su canto de cisne, cuando pasa sus horas más bajas el *Homo democraticus*.

El desplome del Muro de Berlín y del campo comunista implica asimismo el derrumbe —no por más lento menos evidente— del